

ciones que se exigirían para 1814. Con estos 120.000,000, con los impuestos ordinarios, con el tesoro de las Tullerías, con ciertos plazos impuestos á los acreedores del Estado, habia para subvenir á las atenciones mas apremiantes.

Se trataba de convertir en leyes estas demandas de dinero. Por un decreto expedido á orillas del Rhin habia fijado Napoleon para el 2 de diciembre la reunion del Cuerpo legislativo, con la esperanza de que le serviría para obtener recursos extraordinarios, y despertar el patriotismo de la nacion. Ya habia llegado á París cierto número de legisladores, y no se les hallaba tan bien dispuestos como se hubiera deseado, pues con la acrecentacion rápida del peligro, y la decadencia no menos rápida del prestigio de Napoleon, en todos los ánimos renacia la independencía. De temer eran por tanto discusiones importunas, fuera de que, por pronto que se adoptasen las medidas propuestas, no se podrian poner en planta antes de mediados de diciembre, y entonces la recaudacion de los céntimos se dilataría hasta enero, cuando se necesitaba al instante. Asi es que se tomó el partido de imponer los céntimos extraordinarios por simple decreto, y ganóse un mes de resultas. Esta manera de proceder, imposible del todo bajo un régimen legal y regular, tenia más de un precedente. Con efecto, ora para pagar el equipo de los ginetes votados por los departamentos, ora para repartir con mas igualdad la carga de las requisiciones, convirtiéndolas en contribuciones públicas, no habian vacilado los prefectos en imponer por sí y ante sí céntimos adicionales, y ya proviniere del sentimiento de la necesidad, ya de la

costumbre de la sumision, es lo cierto que nadie habia reclamado. Ante el peligro bien se podia atrever Napoleon á lo mismo que los prefectos, y así dispuso las recaudaciones indicadas, á los dos dias de su llegada á París por decreto de 11 de noviembre. No era el crimen grande, si se compara á todo lo que el gobierno imperial se habia permitido en materia de ilegalidades, y en todo caso tenia por excusa la gravedad y la inminencia del peligro. Pero este acto demostraba como otros muchos cuán en poco se tenian á la sazón las leyes. No siendo ya tan necesario el concurso del Cuerpo legislativo, prescripta ya por simple decreto la exaccion de las imposiciones extraordinarias, se aplazó su reunion del 2 para el 19 de diciembre, á fin de ahorrarse de impertinentes discusiones. Segun se verá muy luego, semejante precaucion nada tenia de bien ideada, pues ya en París aquellos legisladores, sin ocupacion alguna, y pasando las horas en animarse con los sentimientos de que la capital estaba animada, no se debian mostrar mas indulgentes con un gobierno, vilmente adulado cuando era todopoderoso, libérrimamente juzgado á los primeros reveses, y amenazado con un desencadenamiento universal en vísperas de su caída. Otro inconveniente de la convocacion del Cuerpo legislativo que se quiso evitar fué la obligacion de mandar elegir la cuarta série (dividido como estaba en cinco) cuyos poderes se prorogaron un año, pues habian expirado á principios de 1813. Como podia ser á la sazón igualmente peligrosa la reunion de electores que la de diputados, se convino en dilatar para otro año la eleccion de la cuarta série. Esta medida, la que abolia

las listas de candidatos para la presidencia del Cuerpo legislativo y la del nuevo llamamiento de trescientos mil hombres se derivaban naturalmente de la autoridad del Senado, que siempre se consideraba como junto, y al cual se suponía siempre sumiso, como lo estuvo realmente hasta la penúltima hora del Imperio. Así fué convocado para el 15 de noviembre, y al punto se le presentaron las tres providencias.

Con desusado aparato se rodeó la reunion del Senado. Se quería herir el espíritu de la nacion, hablarle al alma, excitar su patriotismo. Desgraciadamente, cuando se habla por rareza ó tarde á las naciones, se corre el riesgo de ser escuchado con desconfianza ó mal comprendido. En vano dió cuenta el orador del gobierno de los últimos reveses de nuestros ejércitos; en vano se desencadenó contra la perfidia de los aliados y contra la fatal imprudencia cometida en el puente de Leipzig; en vano expuso lo que Francia tenía que temer de una coalicion victoriosa, pues conmovió poco al Senado insensible y en situacion humillante, y solo produjo el convencimiento de que en verdad el peligro era inmenso y de que había que pedir grandes esfuerzos á la nacion, sin mucha esperanza de verla responder á semejante llamamiento al cabo de veinte años de guerras locas é inútiles. Sin la objecion mas leve se votaron los trescientos mil hombres que se debían sacar de las clases antiguas. Igualmente se acordó el aplazamiento de la eleccion de la cuarta série por la razon de ser apremiante la reunion del Cuerpo legislativo, muy singular por cierto despues de prolongada del 2 al 19 de diciembre, y cuando se hallaban en París casi to-

dos sus miembros. Finalmente, para suprimir la lista de candidatos á la presidencia del Cuerpo legislativo, se hizo valer una razon no menos chocante, la de que sería posible que los candidatos ignoraran la etiqueta de la córte, ó que el emperador no los conociera ni de vista. Sin contradecir los considerandos ni la parte dispositiva de estos decretos, y sin hablar palabra, los votó el Senado, como lo iba á votar todo, hasta el dia en que votara la destitucion del mismo Napoleon á invitacion del extranjero.

Desde la llegada de Napoleon á París no habian cesado de ocupar su atencion estas medidas políticas, rentísticas y militares. Ya era un primer resultado que se pudiera considerar como venturoso, á no resentirse de tardío, el de transferir de Mr. de Basano á Mr. de Caulaincourt la correspondencia con las córtes extranjeras. Al recibir Mr. de Metternich la respuesta enigmática á la par que irónica de Mr. de Basano, despues de conferenciar con las córtes aliadas, replicó el 25 de noviembre poco mas ó menos en esta forma.—Con satisfaccion se sabia que el emperador hubiese reconocido en la especie de mision de Mr. de Saint-Aignan un deseo sincero de paz, asi como que designara á Manheim por lugar de reunion de un congreso, á cuya eleccion se adhería de buen grado; pero no se veía con la misma satisfaccion el cuidado con que el gobierno francés evitaba toda explicacion sobre las sucintas bases propuestas en Francfort; y asi no podía menos de pedir antes de toda negociacion la adopcion formal ó la desaprobacion de las tales bases.

Razon había para congratularse de ver que una

insistían los aliados en la adopción de las bases de Francfort, y por dudoso que fuera que obraran de buena fé ya al presente, sin pérdida de tiempo se les debía coger la palabra, á fin de que no se desdijesen de un momento á otro. La presencia de Mr. de Caulaincourt en el ministerio de Negocios Extranjeros no permitía dudas sobre la respuesta. Cerca de Napoleon insistió y obtuvo que se contestara como se debió hacer desde el 16 de noviembre. Acto continuo escribió con fecha 2 de diciembre, que asintiendo á la idea de un congreso y al principio de la independencia de todas las naciones establecidas en sus fronteras naturales, se había entendido aceptar las bases sucintas llevadas por Mr. de Saint-Aignan, y que en todo caso se aceptaban ahora de una manera expresa; que exigirían grandes sacrificios de Francia, pero que los haría á la paz de buen grado, y especialmente si, renunciando Inglaterra por su parte á las conquistas marítimas que había derecho de reclamarla, consentía en reconocer para el mar los mismos principios de negociación que aspiraba á que prevaleciesen para tierra.

Muy probable es que esta contestación dada diez y ocho días antes comunicara á los sucesos otro rumbo. Ahora dejaba muchos pretextos para mudar de resolución á las potencias aliadas, si querían retroceder de lo que habían ofrecido en Francfort, por estar ya mejor enteradas de nuestros apuros.

Aun resignándose Napoleon á los límites naturales de Francia, se reservaba retener cuanto pudiese fuera de ellos, y en las instrucciones al plenipotenciario, que ya había elegido, y era Mr. de

Caulaincourt, establecía las condiciones siguientes. Al conceder que nada poseería mas allá del Rhin, entendía, no obstante, guardar á la orilla derecha á Kehl, frente por frente de Estrasburgo, á Cassel frente por frente de Maguncia, y además la ciudad de Wessel, situada á la orilla derecha del todo, pero que vino á ser como una ciudad francesa. Respecto de Holanda no desesperaba de tener alguna parte de su territorio, abandonando las colonias de este país á Inglaterra. En todo caso abrigaba el proyecto de disputar acerca de los límites que la habían de separar de Francia, y de proponer primero el Issel, despues el Leck, y por último el Wahal, con resolución de no cejar de esta frontera, que le aseguraba lo que había cercenado al rey Luis de Holanda. Además, pensaba que no volviera esta nación á la autoridad de la casa de Orange y que tornara á ser república.

Relativamente á Alemania consentía en renunciar á la Confederación del Rhin, si bien á condición de que ningún vínculo federal juntaría entre sí á los Estados alemanes, y de que al restituir Magdeburgo á Prusia y el Hanover á Inglaterra, se formaría con el Hesse y el Brunswick un reino de Westfalia, destinado al príncipe Gerónimo aun que independiente de Francia.

Napoleon quería que Erfurt se adjudicara á Sajonia en resarcimiento del gran ducado de Varsovia, y que Baviera conservara la línea del Inn, á fin de no verse obligado á ceder la ciudad de Wurzburg, lo cual le compelería á indemnizar al duque Wurzburg en Italia.

También admitía que en Italia poseyera Austria, además de la Iliria, esto es, Laybach y Trieste, una

porcion de territorio mas allá del Isonzo, bien que á condicion de que en el Piamonte avanzara Francia tanto como Austria en el Friuli. Cuanto Francia habia dominado en el Milanesado, el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos, constituiria un reino de Italia, independiente por igual de Austria y de Francia y reservado al príncipe Eugenio.

El papa volveria á Roma, pero sin soberanía temporal. Nápoles quedaria para Murat, y para los Borbones de Nápoles la Sicilia. Al antiguo rey del Piamonte no se le daría mas que la Cerdeña.

Las islas Jónicas retornarian á uno de los Estados de Italia, si de Malta se hacia cesion á la Sicilia. En otro caso las islas Jónicas pertenecerian á Francia con la isla de Elba.

España se restituiria á Fernando VII y Portugal á la casa de Braganza. Pero Inglaterra no retendria ninguna de las colonias españolas ó portuguesas.

Dinamarca conservaria la Noruega. Finalmente se insertaria un artículo que consagrara los derechos del pabellon neutral de una manera menos general y vaga.

Tales eran las condiciones que Napoleon queria presentar al futuro congreso de Manheim. Desgraciadamente echaba las cuentas muy galanas, y á pesar de su sagacidad profunda, á pesar del conocimiento que tenia de su actual estado, hasta el extremo de dudar que la coalicion pudiera brindarle con las bases de Francfort de una manera seria, aun era sobrado complaciente consigo propio para lisonjearse de que en Manheim se prestarian oídos á semejantes proposiciones. Verdad es que á la sazón alimentaba una esperanza que po-

dia justificar sus últimos sueños en el caso de no salir fallida, y era que hasta abril no tornara á empezar la guerra. Con efecto, si cansados los aliados de aquella terrible campaña, se detenian hasta abril junto al Rhin y le daban cuatro meses para preparar sus recursos, de las reliquias de sus ejércitos y de los seiscientos mil hombres votados por el Senado podia sacar por lo menos trescientos mil combatientes bien organizados, y arrojar con esta fuerza reunida bajo su mano robusta sobre el Rhin al enemigo que se hubiera atrevido á cruzarlo. Ciertamente, con trescientos mil soldados peleando sobre un territorio poco extenso y amiggo, con su genio enaltecido por la desgracia, tenia muchas probabilidades de triunfo. ¿Pero le dejarían estos cuatro meses? ¿Lo podia esperar con razon fundada? Tal era la cuestion toda, y de esta cuestion dependian á la vez su trono y nuestra grandeza, no nuestra grandeza moral ya imperecedera, sino nuestra grandeza material, que no lo era de ningun modo.

No obstante, lejos de obrar como si pudiera disponer de cuatro meses, lo hizo cual si le quedaran dos á lo sumo, y empleó los recursos puestos á su disposicion con su actividad prodigiosa y naturalmente mas excitada que nunca. Ante todo habia que providenciar sobre las plazas fuertes. Divididas se hallaban en dos líneas; las del Rhin y el Escalda, cubriendo nuestra frontera natural, como Hunninga, Befort, Schelestadt, Estrasburgo, Landau, Maguncia, Colonia, Wesel, Gorum, Amberes; las del interior cubriendo nuestra frontera de 1790, que eran Metz, Thionville, Luxemburgo, Meziéres, Mons, Valenciennes, Lila, etc. Solo cita-

remos las principales. A la par que se habian ceñido con obras dispendiosas Alejandria, Mantua, Venecia, Palma-Nova, Osopo, Danzick, Flesinga, el Texel, las plazas indispensables para nuestra defensa, como Hunninga, Estrasburgo, Landau, Maguncia, Metz, Mezières, Valenciennes, Lila, se hallaban en el mas completo abandono. En pie tenian las escarpas, si bien degradadas, los terraplenes desfigurados, inservibles los puentes levadizos. Su artillería escasa carecia de cureñas; se notaba falta de útiles, de artificios, de maderos para los blindages, de puentes de comunicacion entre las diversas obras, de caballos que acarrearán objetos de armamento, de hombres que supieran trabajar la madera y el hierro. Casi eran viejos todos los oficiales de artillería y de ingenieros que se habian quedado en Francia, y así no se hallaban en disposicion de soportar las fatigas de un asedio. Ni comenzados estaban los abastecimientos, y lo que es dinero, con el cual y una actividad exquisita se puede suplir algo, ya que no todo, no habia ni poco ni mucho, y era problemático que el tesoro lo pudiera hacer llegar á tiempo y en cantidad bastante. Finalmente, se necesitaban guarniciones, y habia que temer que al formarlas se empobreciera el ejército activo ya muy debilitado.

Ante todo se puso la atencion en las necesidades mas apremiantes. Nada mas urgente que trasladar de las plazas de la primera línea á las de la segunda los depósitos de los regimientos, á fin de desembarazar las que podian ser embestidas de pronto, y de librar del enemigo aquellos depósitos que eran la fuente de donde los regimientos sacaban su fuerza. Esta providencia, ya tardía, era di-

ficultosa, por la necesidad de trasportar, no solamente los hombres útiles é inútiles, sino tambien las administraciones y los almacenes. Los depósitos, que se hallaban en Estrasburgo, Landau, Maguncia, Colonia, Wesel, fueron trasladados á Nancy, Metz, Thionville, Mezières, Lila, etc. A Nancy, Metz y Mezières se vino el mariscal Kellermann, duque de Valmy, que tantos servicios llevaba prestados en la organizacion de las tropas, y que ya habia mandado como gefe en Estrasburgo, Wesel y Maguncia. A pesar de lo rigoroso de la estacion dióse principio á la traslacion esta sin demora.

Napoleon mandó á los prefectos que proveyesen con urgencia al abastecimiento de las plazas fuertes por medio de requisiciones locales, pagando ó prometiendo pagar dentro de breve plazo los géneros y el ganado que tomaran por autoridad propia. De igual modo se procedería para adquirir madera y cuantas materias hiciesen falta. A los mariscales gefes de las tropas activas, al mariscal Victor en Estrasburgo, al mariscal Marmont en Maguncia, al mariscal Macdonald en Colonia y en Wesel, se previno que se ocuparan en reorganizar las tropas á la par que en componer las guarniciones. Todos los destacamentos procedentes de la division militar 32.<sup>a</sup>, esto es, de los países comprendidos entre Hamburgo y Wesel, formarían el fondo de la guarnicion de este último punto. A las órdenes del general Morand, su antiguo caudillo, se encargó la defensa de Maguncia al cuarto cuerpo, triste reliquia de tantos otros refundidos en uno al presente. Al general Bertrand, último gefe de este cuerpo, en recompensa de su adhesion, eligiósele

gran mariscal de palacio. Estrasburgo recibió algunos cuadros arruinados, que se debían llenar con conscritos y guardias nacionales. La fidelidad de la Alsacia permitía recurrir á la guardia nacional, aunque no le agradaba á Napoleon servirse de ella más que para la defensa de las plazas. Cuadros de artillería, llenos presurosamente con conscritos, suministraron el personal de esta arma. Hasta lo posible dotóse la con buenos gefes, á los cuales se agregaron algunos oficiales de ingenieros de los de menos años entre los que permanecían en Francia, y á todos se les prescribió que empleasen el invierno en organizarse lo mejor que les fuera dado. Fuerza es reconocer que nada dejaron que desear en punto á celo.

Con excepcion de algunas diferencias locales, las mismas providencias adoptadas para las tres plazas más importantes de la primera línea, Estrasburgo, Maguncia, Wesel, se aplicaron á todas las otras. Aproximándose á la Francia antigua, las guardias nacionales fueron llamadas á la defensa del país con más confianza. Acabamos de decir que Napoleon propendia poco á servirse de ellas. Sin duda le inspiraban desconfianza, porque podían reflejar la disposición actual de los ánimos de una manera inconveniente, y así es que no se fundaba en razones exclusivamente egoistas. Al pedir á la nación muy cerca de seiscientos mil hombres temía llevar la exasperación á colmo, dirigiéndose á la vez á toda clase de ciudadanos, y con especialidad á la de padres de familia, que formaba la guardia nacional en la mayor parte. Además, careciendo de las materias necesarias para armar y vestir á sus soldados, prefería dar los paños y los

fusiles mejor al ejército que á las guardias nacionales. Solo en las plazas fronterizas, donde no había tiempo de meter cuerpos organizados, las admitió por su mayor espíritu militar y por estar formadas del todo, para completar las guarniciones. También se avino á servirse de ellas en algunas ciudades del interior donde se podía perturbar accidentalmente el orden, á causa de la extrema agitación de los ánimos; y resolvió que allí se encargaran de mantener la tranquilidad pública los principales vecinos, formados en batallones de granaderos y cazadores vestidos y armados á su costa y mandados por oficiales seguros.

De seguida dedicóse Napoleon al ejército activo. A los diversos males que habían pesado sobre su vuelta de Alemania, se acababa de añadir el más horrible de todos, el tifus. Nacido en los atestados hospitales del Elba, traído al Rhin por los heridos, enfermos y rezagados, hacía estragos espantosos, particularmente en Maguncia. El cuarto cuerpo, elevado á quince mil hombres con la reunión de las reliquias del 4.º, del 12.º, del 7.º y del 16.º, y después á treinta mil con la incorporación sucesiva de los soldados aislados, en un mes había perdido la mitad de su efectivo, y nuevamente se hallaba mermado á menos de quince mil hombres. De los militares había cundido el tifus á los paisanos, y casi morían tantos de unos como de otros. Bajo el influjo de la miseria tomó esta plaga formas repugnantes y que contristaban el corazón hasta lo sumo. A nuestros jóvenes soldados, enflaquecidos por las privaciones y las fatigas, se les veían los dedos de los pies y las manos corroidos por la gangrena y caérseles á pedazos. Tan

general llegó á ser el espanto en Maguncia, que á vivas instancias de los vecinos, ordenaron los administradores precipitadas evacuaciones de gente hácia lo interior con la esperanza de disminuir el contagio. Esta medida produjo nuevas calamidades, pues se encontraban por los caminos carretas cargadas con una treintena de estos infelices, unos muertos, otros expirantes junto á los cadáveres de sus camaradas. Para colmo de infortunio la epidemia se empezaba á propagar de la primera á la segunda línea de nuestras plazas, y la ciudad de Metz se habia estremecido al saber la muerte de algunos soldados atacados del tifus en sus hospitales.

Vivamente conmovido el mariscal Marmont ante espectáculo tan horroroso, se aplicó á disminuir el mal con ahinco, y por de pronto atajó las evacuaciones, que exponían á perecer por los caminos á tantos desdichados, y amenazaban á las ciudades de lo interior con la peste. De propia autoridad ocupó todos los edificios adecuados á servir de hospitales, y sin trasladar de ciudad en ciudad á los enfermos, se limitó á hacerlos pasar de un hospital á otro. A sus necesidades se proveyó por medio de requisiciones en los países aledaños, y merced á estas providencias bien entendidas, ya que no alojara mucho la epidemia, se la contuvo en su marcha amenazadora. Asi y todo, uno de los regimientos del mariscal Marmont, el segundo de marina, solo en un mes quedó reducido de dos mil ciento sesenta y dos á mil y cincuenta y cuatro hombres.

Autorizado por el emperador hizo salir el mariscal Marmont de Maguncia á todos los cuerpos no

indispensables para su defensa. Ya el 2.º, á las órdenes del mariscal Victor, se habia encaminado á Estrasburgo; tanto el 5.º como el 11.º, unidos bajo el mariscal Macdonald, fueron enviados á Wesel y Colonia. Hácia Worms dirigió el 3.º y el 6.º, destinados á servir á su mando, y no dejó mas que el 4.º para guarnecer á Maguncia. Finalmente de orden de Napoleon sacó de esta plaza á la Jóven y Vieja Guardia de caballería y de infantería, y distribuyóla entre Kaisers-Lautese, Dos Puentes, Sarreguermes, Sarre-Luis, Thionville, Luxemburgo, Tréveris, etc.

Acto continuo expidió Napoleon sus órdenes para la reorganizacion de los cuerpos. En su mayoría quedaron reducidos á simples divisiones, y contribuyeron asi á formar cuerpos nuevos, sin otra excepcion que la del 2.º, acantonado en Estrasburgo y próximo á sus depósitos, donde hallaría proporcion de reconstituirse con mayor facilidad y de una manera mas completa. Se empezó por tomar de los depósitos de infantería cuantos individuos encerraban medianamente instruidos. Napoleon esperaba sacar quinientos soldados por regimiento, y elevar de golpe á ochenta mil soldados la infantería de los diversos cuerpos acantonados á orillas del Rhin. Los conscritos demandados por los últimos decretos á las clases anteriores, debian ser enviados á los depósitos menos distantes, instruidos y equipados lo mas pronto posible, para engrosar hasta ciento, ciento veinte ó ciento cuarenta mil hombres la infantería del ejército del Rhin, segun se tuvieran dos, tres, ó cuatro meses de espacio. Los conscritos de estas mismas clases pertenecientes á los departamentos fronterizos, de-

bían ser metidos en las plazas fuertes y encerrados en algunos cuadros que se dejarían en ellas para formarse mientras daban las guarniciones. De cierto lograrían así holgura para instruirse y equiparse, con tal de que tuvieran tiempo de llegar antes de que fuesen acometidas nuestras plazas.

Tras de atender á la frontera del Rhin, se fijó Napoleón en la de Bélgica especialmente, como que debía ser la más amenazada en el caso de que se nos disputaran los límites naturales. También se ocupó de Holanda, que cubría el territorio belga. En estas dos comarcas, mal guardadas, reinaba agitación suma y urgía enviar fuerzas respetables. Para la defensa de Holanda puesta á su cargo, solo contaba el general Molitor por auxilio algunos regimientos extranjeros poco seguros, y algunos batallones franceses débilmente compuestos. Recursos bien escasos eran para hacer cara á Bernadotte, que á la sazón venía con la mayor parte de su ejército hacia Holanda, sin que para el general Molitor pudiera ser de grande ayuda el mariscal Macdonald, situado con los restos de los cuerpos quinto y undécimo á treinta leguas de distancia. Napoleón esforzóse en mandarle de prisa algunos refuerzos. Al principio se lisonjeó de salvar las poderosas guarniciones de Dresde y de Hamburgo, con las que para mantenernos en posesión de Holanda y de Bélgica hubiera de sobra; pero ya se ha visto la suerte de la guarnición de Dresde, prisionera de guerra con violación de todos los principios; y respecto de la de Hamburgo, mientras el mariscal Davout pensaba en ponerse á su cabeza y en traerla al Rhin de seguida, inundando las tropas de Bernadotte la Westfalia, le obligaron á no salir de sus

trincheras. De consiguiente nada había que esperar por esta parte, y así eran setenta mil soldados excelentes los arrebatados á la defensa del Imperio. En Bélgica tenían todos sus depósitos los regimientos del mariscal Davout, que habían suministrado batallones al primer cuerpo, prisionero en Dresde, y al 43.<sup>o</sup> encerrado en Hamburgo. Napoleón hizo que en estos depósitos ingresaran conscritos esperando componer así un ejército de cuarenta mil hombres de infantería con la idea de fiar al bizarro general Decaen el mando. Metiendo también conscritos y guardias nacionales en las plazas, sobre todo en Amberes, calculaba que, elevado este ejército llamado del Norte, á cincuenta mil hombres de todas armas, bastaría para cubrir la Holanda y la Bélgica, maniobrando entre Utrech, Gorcum, Breda, Berg-op-Zoom, Amberes, y protegido por las inundaciones.

De este modo el ejército activo del Rhin se podía dedicar exclusivamente á su tarea sin zozobra por la conservación de los Países Bajos, y hacer frente á las tropas de la coalición que tomaran la ofensiva, ora viniesen en columnas separadas por Colonia, Maguncia y Estrasburgo, ora se presentasen en masa por uno de estos tres caminos. Se acaba de ver cómo Napoleón, tomando de los depósitos los hombres ya formados y agregándoles conscritos de las antiguas clases que, si urgía el caso, no pasarían por los depósitos é irían á los regimientos en derecha, esperaba elevar los cuerpos establecidos junto al Rhin de seguida á ochenta y después á ciento cuarenta mil hombres de infantería. Se lisonjeaba de hacerlos subir á doscientos mil hombres para la primavera, después de

reorganizar su caballería y artillería, y por último á trescientos mil con la incorporacion de la Guardia. Ahora véase cuales fueron sus combinaciones sobre este punto.

A pesar de sus inconvenientes graves la Guardia, así por su excelente espíritu como por su disciplina rigurosa, habia prestado los mas eminentes servicios durante la última campaña, ora descargando golpes decisivos los dias de batalla, ora conservando una actitud marcial que no presentaba el resto del ejército en los reveses. A la sazón estaba reducida á unos doce mil infantes y á tres ó cuatro mil caballos; y consistia en dos divisiones de la Vieja Guardia de granaderos y cazadores, dos de la Guardia Media de fusileros y flanqueadores, y cuatro de la Joven Guardia de tiradores y exploradores. Como abundaba en individuos muy idóneos para sargentos, nada mas fácil que darles ensanche sin alterar su espíritu y sin disminuir su consistencia. De todos los cuerpos del ejército ninguno se prestaba mejor á recibir reclutas que á vuelta de poco se trasformaban en soldados. Para conseguirlo tenia Napoleon una facilidad mas y debida á un solo hombre, que era el ilustre Drouot, oficial superior de artillería de la Guardia, y modelo acabado de todas las virtudes guerreras. Sencillo y hasta algo torpe de traza, no fué apreciado por Napoleon en su justo valer al principio. Mas cuando, por hacer progresos la ambicion y tambien la fatiga en estas guerras incesantes, se hacia forzoso galardonar mas caramente los servicios de menos monta, no pudo menos de fijar la atencion de Napoleon la actitud de este oficial, profundo conocedor de todas las partes de su ramo y

aplicado á ellas con ardor infatigable, sin aflojar nunca, sin aspirar como tantos otros á hacerse valer á medida que se aumentaban las dificultades, pronto siempre á dedicar sin estruendo su intrepidez á los peligros, su celo á los apuros, sin haber adulado en mejores dias á su soberano, sin pensar en afligirle con sus murmuraciones al presente; y limitándose á servir con todas sus facultades al príncipe y á la patria, a quienes confundia en la misma adhesion y en el mismo afecto. Napoleon, que á semejanza de todos los déspotas de génio, gozaba con los aduladores sin creerles, no podia menos de estimar y de buscar á los hombres honrados, cuando los hallaba por fortuna, y poco á poco sintió hácia Drouot una inclinacion aumentada con sus infortunios, y ahora ya tenia resuelto confiarle toda la Guardia. Al notar que el ministro Clarke sucumbia al peso de sus tareas y tambien que padecia su fidelidad no poco menoscabo, le empezó á mirar con desconfianza profunda; y por consecuencia hizo de Drouot un verdadero ministro de la Guardia Imperial sin confiarle mas título que el de su ayudante de campo. A su cuidado puso todas las promociones, que iban á ser numerosas en un cuerpo destinado á engrosarse considerablemente, y además fióle su último recurso, *su pera para la sed*, como llamaba á los 73.000.000 que le quedaban de sus economías personales, muy seguro de que Drouot equiparia á los diversos cuerpos de la Guardia, tan económicamente como se podia esperar de la probidad mas pura y de la vigilancia mas asidua.

Acto continuo, y por virtud de las instrucciones de Napoleon, de cuatro se elevaron á seis las